



Buenos Aires, noviembre de 2017

Circular N° 575

Para las almas radicadas en lugares distantes y allí donde no funcionan comunidades.

Amados hermanos y hermanas:

Compartimos un extracto de un Servicio Divino en ayuda para los difuntos oficiado por el Apóstol Herman Ernst.

“Aunque afligido yo y necesitado, Jehová pensará en mí. Mi ayuda y mi libertador eres tú; Dios mío, no te tardes.” (Salmos 40:17)

El propósito de Dios para con cada uno de nosotros es que llevemos fruto, que en nuestra vida como hijos de Dios también seamos de ayuda para aquellos que nos rodean. Ahora bien, no se trata solamente del vecino, el compañero de trabajo, de la escuela. Aquellos que nos rodean son también quienes han partido al más allá que, aunque no nos puedan ver el rostro u oír nuestras voces, sí perciben lo que siente nuestra alma. Dios confía en nosotros y en nuestra sensibilidad para ser de ayuda y vincularnos con esas almas, para que puedan sentir la invitación y conducirse con confianza hacia donde está el Apóstol de Distrito donando los Sacramentos. Nada más y nada menos que esa es la fiesta que hoy tenemos aquí en la casa del Señor. Para esto el amado Dios también nos eligió y nos permitió entender su Obra. Y para hoy nos ha dado esta palabra, que es un salmo de súplica, de alabanza y de agradecimiento. Si leemos los primeros versículos, este Salmo de David dice:

“Pacientemente esperé a Jehová, y se inclinó a mí, y oyó mi clamor.”

Muchas veces se despierta en nuestro interior el agradecimiento sincero y profundo a Dios por inclinar su oído hacia nosotros. Porque como nos conocemos, sabemos de nuestra pequeñez y de nuestras debilidades, tratamos de asumir la grandiosidad de Dios y entonces decimos: ¿cómo podría escucharme a mí? ¿Quién soy yo para que Dios me preste atención, a mí, que soy pecador, que muchas veces soy tan falto de fuerzas y de la capacidad de entregarme a Él? Sin embargo, Él se inclina. Como dice el salmista,

“...y me hizo sacar del pozo de la desesperación, del lodo cenagoso; puso mis pies sobre peña, y enderezó mis pasos...”

Dios nos ha sacado de ese pozo, de ese lodo cenagoso. Nos puso en un lugar alto y seguro, sobre una peña, donde uno puede afirmar bien sus pies. Luego dice que a estos los ven muchos:

“Puso luego en mi boca cántico nuevo, alabanza a nuestro Dios. Verán esto muchos, y temerán, y confiarán en Jehová.”

El santo temor a Dios no es miedo, sino amarlos profundamente. Tras el proceso que hemos vivido en nuestras almas y desde el lugar seguro sobre la peña, podemos ser de ayuda para muchos.

Iglesia Nueva Apostólica Sud América

Santiago del Estero 1568
C1136ABH Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Tel: 005411 4363-9400 / Fax: 005411 4363-9441
www.inasud.org



“Bienaventurado el hombre que puso en Jehová su confianza, y no mira a los soberbios, ni a los que se desvían tras la mentira.”

Aquí está el desafío. Aquel que coloca su confianza en nuestro Padre celestial, no mira con la arrogancia de las formas de pensamiento en las que muchas veces estamos inmersos en nuestra vida terrenal. Esa arrogancia manifiesta cuando cree saberlo todo, saberlo mejor, cuando quiere ser el centro y pretende no depender de Dios. Pero Dios respeta nuestra libre voluntad, deja que cada uno haga su propio camino. Para eso también nos colocó en la tierra, para que tomemos la decisión aquí, donde el pecado es manifiesto.

El texto habla también de aquellos que están necesitados. Nuestro Padre nos permite ver el dominio del mal en la tierra y que saquemos nuestra propia conclusión. Nos preguntamos: ¿dónde queremos vivir? ¿Cuál es la vida que más nos interesa? Las relaciones con el prójimo muchas veces están plagadas de intereses. ¿Al que me puede dar algo le rindo pleitesía y a aquel que puede requerir algo de mí lo mantengo a distancia? ¿Nos domina la frivolidad del corazón, que nos lleva a estar permanentemente mirando las acciones del otro, qué hizo, qué dijo, y poniéndolo en el ojo de la crítica? ¿O del amor, como Jesucristo, diciendo: “Padre amado, perdónalos, porque no saben lo que hacen”? Para poder brindarles lo mejor que tenemos, que es el conocimiento de Dios, del camino de redención, ese tesoro que podemos compartir con todos los que nos rodean. E la decisión que cada uno puede tomar, el camino que cada uno elige. Sabemos que Dios mira por sobre todas las almas. Dice en Isaías que Él no se olvida de ningún menesteroso, mira por la necesidad de todos, nos conoce, sabe lo que cada uno vive. Y está siempre atento a socorrer al necesitado:

“Los afligidos y menesterosos buscan las aguas, y no las hay; seca está de sed su lengua; yo Jehová los oiré, yo el Dios de Israel no los desampararé.”

Esta es una certeza, cuando vemos tanta necesidad, tanto dolor y padecimientos a nuestro alrededor, nos consuela saber que Dios está mirando por sobre todos y podemos poner allí toda nuestra confianza. Nuestra decisión debe ser: Yo no quiero vivir bajo esta ley, la de la tierra, de los hombres, quiero buscar algo superior, quiero buscar la ayuda que Dios me ofrece. A partir de esa decisión, comprender y aceptar que la ayuda de Dios no es la que nosotros consideramos oportuna y necesaria y que en primera instancia pretendemos brindar, porque Dios nos mira a todos como un todo, nos conoce como un todo. Nosotros miramos lo material y es bueno poder ayudar, ser solidarios, pero la verdadera ayuda pasa por otro lado y muchas veces, aun teniéndolo todo materialmente, no se tiene nada espiritualmente.

Nuestro Señor Jesucristo en Lucas 5, versículos 17 al 20, dice:

“Aconteció un día, que él estaba enseñando, y estaban sentados los fariseos y doctores de la ley, los cuales habían venido de todas las aldeas de Galilea, y de Judea y Jerusalén; y el poder del Señor estaba con él para sanar. Y sucedió que unos hombres que traían en un lecho a un hombre que estaba parálítico, procuraban llevarle adentro y ponerle delante de él. Pero no hallando cómo hacerlo a causa de la multitud, subieron encima de la casa, y por el tejado le bajaron con el lecho, poniéndole en medio, delante de Jesús. Al ver él la fe de ellos, le dijo: Hombre, tus pecados te son perdonados”.

Dios, que conoce y que mira integralmente nuestra persona, viendo a esta persona y su fe, no solamente del parálitico sino también la de sus amigos, le dice: Tus pecados te son perdonados. La verdadera ayuda. Esto es lo que Dios quiere brindar a los necesitados y menesterosos. Entonces hoy es una gran invitación para que podamos mirar más allá de lo que pueden ver nuestros ojos y para que confiemos en la ayuda que el Señor nos brinda. Cuando Dios ama, ama completamente, no importa la condición: si es inteligente o no, si es



rico o pobre. A todos los seres humanos nos ha amado, por eso entregó a su Hijo en la cruz, por los pecados de cada uno de nosotros. Él ofrece su salvación a todos. Dice en Marcos 15:16, cuando Jesús envía a sus discípulos: *“Y les dijo: Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura.”*

Ahora el Señor nos ha llamado para que podamos interceder por las almas del más allá, y si mandó a sus discípulos a dar testimonio a toda criatura, ¿deberíamos elegir a quién le confiamos el tesoro que tenemos de conocer el camino, la verdad y la vida, de conocer a nuestro Señor Jesucristo en su manifestación y en su obrar? ¿Será que inconscientemente asumimos que el camino de la salvación del alma es para algunos sí y para otros no? El Señor nos abre el entendimiento y la consciencia de su propósito, no nos rehusemos a su divina voluntad. ¿Y de qué forma podemos dar testimonio? Poniéndonos en el lugar del otro. El Apóstol Pablo en 1 Corintios 9: 20-23 dice:

“Me he hecho a los judíos como judío, para ganar a los judíos; a los que están sujetos a la ley (aunque yo no esté sujeto a la ley) como sujeto a la ley, para ganar a los que están sujetos a la ley; a los que están sin ley, como si yo estuviera sin ley (no estando yo sin ley de Dios, sino bajo la ley de Cristo), para ganar a los que están sin ley. Me he hecho débil a los débiles, para ganar a los débiles; a todos me he hecho de todo, para que de todos modos salve a algunos. Y esto hago por causa del evangelio, para hacerme copartícipe de él.”

Dios no nos llamó para que desde alguna cierta altura miremos y les digamos a los demás lo que tienen que hacer, sino para colocarnos en el lugar de cada alma, y al interceder por las almas del más allá, rogar e invitarlas para que se puedan entregar confiadamente al servicio angelical y dejarse conducir hacia donde podrán recibir los Sacramentos. Por más decisiones importantes que hayan tomado en su vida, nunca habrán tomado una decisión tan trascendente, de tanto peso y de tanto alcance, como la que pueden tomar hoy.

Dios permite hoy tomar esa decisión. Y así como nos ha amado a nosotros, espera que nosotros amemos a los demás. Ese es el fruto que permanece. Cuando nos entregamos en sus manos, podemos ser carta legible de Cristo, mostrando lo que significa y el alcance que tiene poder creer verdaderamente en nuestro Señor Jesucristo y su doctrina. En Juan 3: 16 podemos leer:

“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.”

Se trata de creer en la palabra de nuestro Señor Jesucristo. Ahora bien, nosotros decimos: sí! yo creo, pero ¿Creo realmente? Cuando mañana tenga alguna dificultad, ¿estaré tan seguro de que Dios está conmigo? ¿O será que si las cosas comienzan a transcurrir de forma exitosa me aferraré a lo material y estaré dejando de creer en lo que Dios hoy me está diciendo?

En el encuentro entre el Apóstol Pedro y Cornelio, cuando Cornelio le cuenta la visión que había tenido Pedro dice: “ahora entiendo que Dios no hace excepción de personas” cuidémonos de no hacerlo nosotros, porque desde Adán y Eva hasta el día del juicio final, el que crea en la palabra de Dios será salvo, es necesario creer en todo lo que Él nos dice, no hay otro camino, no hay otra forma, creer en la palabra, vivir conforme a la fe, con plena confianza en nuestro Padre celestial.

Así como se presentó Jesús resucitado ante diversas personas, del mismo modo se presenta en la vida de las almas, tanto en la tierra como en el más allá, como con los discípulos de Emaús, el Señor se ubica a nuestro lado, nos muestra que nos conoce y comprende y abre nuestro entendimiento, para que veamos las cosas como son, en el



Servicio Divino Dios se hace presente en medio de la gran comunidad conformada por las almas de aquende y allende y nos dice: Paz a vosotros. Nos da su perdón, su paz, y nos permite participar de la Santa Cena, comunión entrañable con Él, para que no nos falten las fuerzas para promover los cambios que nos permitan despojarnos del pecado y su consecuencia final, la muerte eterna, nos invita a “echar la red” hacia el lado de la confianza en Él, escuchando desde el profundo silencio en nuestras almas sus palabras de vida eterna, percibiendo la maravillosa presencia de Dios en nuestras almas en la tierra y en el más allá, tras muerte, que es una forma diferente de vida.

Escuchar con fe las palabras de Absolución es lo que nos redime del pecado y el verdadero arrepentimiento nos quita la culpa de nuestra alma, debemos procurar la humildad que muchas veces nos cuesta tener justificándonos con excusas que a los ojos del Señor carecen de todo sentido. Debemos trabajar en nuestro interior en el reconocimiento de que en el Señor podemos encontrar todo, que sin Él no habría gracia, no quedaría nada, de que necesitamos de su amor que realmente no merecemos para dejarnos conducir “de las tinieblas a su luz admirable”

Cuando podemos vivir en esa certeza de la fe, surge del corazón el sentir expresado aquí al final del texto: “Dios mío, no te tardes”, necesitamos eterna comunión con nuestro Padre, nuestra alma siente nostalgia por la Patria celestial. Hoy el amado Dios nos pregunta a nosotros y a las almas del más allá: ¿quieres ser salvo? Sentimos, ¡Dios mío, no te tardes! A veces pensamos que la demora es de Dios, pero la demora es de nuestra parte, en tomar la decisión que debemos tomar. Que cuando expresemos desde el alma ¡no te tardes!, sea porque nos estamos esforzando sinceramente por hacer nuestra parte, llevando frutos, yendo hacia todos los que están necesitados, ya no con nuestra visión terrenal de las necesidades y circunstancias, sino mirando hacia el más allá, donde tantas almas pueden tomar la decisión de dejarse ayudar por el Señor. Donde no importa cuánto tiempo pasó, importa hoy: ¿Quieres ser salvo? Hoy el Señor te lo pregunta a ti y a mí, y a través nuestro a todos en el más allá: verdaderamente, ¿quieres ser salvo? Que el Señor escuche una sola respuesta, unánime, junto a las almas del más allá que han podido percibir cómo ardía nuestro corazón mientras el Señor nos hablaba, porque le amamos con todo nuestro ser y al prójimo por quien Él también se ofreció en sacrificio, como a nosotros mismos: ¡hermosa tarea! Para eso Dios nos ha llamado. Para eso eligió a nuestras almas desde antes de la fundación del mundo. Que podamos decirle: ¡Heme aquí, Señor!
